

Filosofía y CINE fobias platónicas

El cine es uno de los mayores inventos de nuestra época y hoy más que nunca juega un papel crucial como forma de conocimiento. Víctor J. Krebs, filósofo y catedrático de la Pontificia Universidad Católica del Perú, reflexiona sobre el mito de la caverna de Platón y la interpretación que se le puede dar al cine en la historia del pensamiento humano.

Víctor J. Krebs

Platón, en su famoso mito de la caverna, nos imagina a los seres humanos como prisioneros de la experiencia sensible, que él ve como sombras que confundimos con la realidad. Esa imagen ha sido seminal para nuestra cultura, pues ha planteado una agenda que Occidente ha seguido desde entonces: la de trascender la experiencia de los sentidos en busca de las ideas inteligibles. Podemos reconocerla en

nuestra familiar subordinación de la experiencia al conocimiento positivo o a la ciencia. La caverna es así una parábola de la necesidad del hombre de convertirse a la razón para encontrar un asidero en fundamentos seguros, y emanciparse de lo que Platón concibe como nuestra esclavitud a la contingencia de las volátiles impresiones de nuestra sensibilidad. El mito de la caverna de Platón es una parábola del

camino de superación humana –de la ilusión de los sentidos a la conversión del animal humano en ser racional–, orientado a lo trascendente.

Toda la historia del pensamiento occidental, desde Platón y sobre todo en la época moderna, se ha empeñado en ese camino de ascenso racional, de superar la “subjetividad” de la experiencia por el conocimiento



▶ Víctor J. Krebs.

objetivo de la razón. Pero al privilegiar al concepto inmutable sobre la impresión mutable, nuestra cultura se ha blindado contra lo temporal e insensibilizado frente a la realidad de la muerte. Y los grandes avances de la ciencia y la tecnología han agudizado esa resistencia. Tanto es así que la fantasía omnipotente de nuestra época tecnológica se construye a partir de una obsesión con la inmortalidad, como si en el fondo de esa visión platónica hubiese siempre una fobia de muerte.

Ortega y Gasset decía que este proyecto de superación de la vida por la

razón debía ser complementado y compensado en nuestra época con la exploración de la vitalidad. Y el cine, dentro de este contexto, me parece que juega un papel crucial para nuestra época y para la conciencia del hombre en la historia. Pues, en primer lugar, el cine no es solo una cosa para entender, como una idea, sino que es además una experiencia: una impresión en movimiento, contingente y mutable que nos pone en contacto directo con la vitalidad, y con lo que al final es lo mismo: con la mortalidad. Es todo lo contrario a una idea platónica, o quizás

mejor dicho: es una idea platónica atravesada de tiempo.

La pregunta por el Tiempo es, sin duda, una de las preguntas más actuales e importantes en la reflexión filosófica contemporánea, y la técnica y arte del cine están como hechos para acercarnos a él de una manera hasta ahora inédita en la historia humana. El cine nos hace posible *pensar* la experiencia temporal, pero ya no solo como *concepto*, estático, sino como imagen temporal, que es simultáneamente experiencia y objeto externo de reflexión. El cine, en otras palabras, reproduce en su imagen a la



El cine es, para nuestro tiempo, como Afrodita para Pígmalión, que le da vida a la inerte réplica que occidente ha idolatrado por temor a la realidad. El cine vuelve a inyectarle tiempo y movimiento a los conceptos estáticos con los cuales hemos aprendido a pensarla.

entumecido por los sentidos (o, en nuestra época, entumecido por las pantallas de televisión o de cine, y de celulares, computadoras, etcétera), que debe despertar y liberarse mediante un ascenso intelectual. Pero el cine, por el contrario, propicia más bien un *descenso*. Como si fuese un contraargumento a la caverna, el cine nos muestra que la verdad no está en lo trascendente, en la idea, sino en la imagen sensible misma, cargada interminablemente con el movimiento y la complejidad del tiempo. Pienso en el neorrealismo italiano, con sus imágenes tan al ras de la experiencia, con la gravidez real del tiempo, donde logran conjugar lo fugaz con lo trascendente; o en el genio de Bresson o Dreyer para transfigurar la realidad y mostrar el aura de lo cotidiano. El cine replica sobre una pantalla la paradójica, núcleo de la vida misma, de eternidad y tiempo; nos devuelve así a las sombras de la caverna platónica, para revelarnos la trascendencia en lo sensible. Lo importante, pareciera enseñarnos el cine, no es escapar de las sombras, sino volver de nuevo a enfrentarlas y aprender a ver ahora desde nuestra propia oscuridad.

rada extática del escultor, su tobillo desnudo. Fue tal el estremecimiento de Pígmalión, que no atinó sino a encerrarse en su taller y a esculpir, obsesiva y frenéticamente, primero el tobillo desnudo y luego las pantorrillas, el muslo, las caderas, los glúteos, la cintura, y así... hasta completar la estatua que había ansiado, de la mujer perfecta. Igual que el relato de la caverna, este mito pareciera darnos una imagen del ascenso platónico, pero con la intención opuesta. El énfasis de Platón es la salvación a través de sus ideas, inmutables y eternas como estatuas, mientras que Pígmalión, por el contrario, pareciera condenado por la suya y más bien en *necesidad* de salvación. El mito cuenta que el escultor cae perdidamente enamorado de la perfección de su estatua, solo para descubrir en su frigidez la frustración del deseo. Pero entregado a su esperanza, no deja de recitarle y cantarle, e incluso de rogarle y llorarle a la estatua, día tras día, sin tregua. Conmovida por su sufrimiento, así concluye el mito, la diosa Afrodita le otorga vida a la piedra.

experiencia como vivencia temporal. El tiempo deja de ser algo de lo cual es necesario sustraerse para poder ver clara y objetivamente, y se vuelve más bien algo dentro de lo cual podemos ahora aprender a ver profundamente. De esa manera la imagen del cine abre un espacio en el espíritu humano, donde tomar conciencia del fluir del tiempo y de la mortalidad, donde recobrar aquella "conciencia trágica" cuya ausencia en la época moderna deploraba Nietzsche.

Pero volviendo al mito de la caverna. De acuerdo con su lectura tradicional, el mito representa al hombre

Hay una imagen mitológica que me parece útil para entender esta función que le estoy atribuyendo al cine desde la filosofía. Es la historia de Pígmalión, el legendario escultor de Chipre –famoso por haber dicho que él jamás se casaría con una mujer, porque todas las mujeres eran imperfectas–, quien dedicaría, sin embargo, su vida a esculpir la imagen de la mujer perfecta. En una versión del mito, Pígmalión sorprende a Afrodita bajando de los cielos. En su afán por ajustar su arco, ella se levanta ligeramente el vestido y revela, ante la mi-

Bueno, el cine es, para nuestro tiempo, como Afrodita para Pígmalión, que le da vida a la inerte réplica que Occidente ha idolatrado por temor a la realidad. El cine vuelve a inyectarle tiempo y movimiento a los conceptos estáticos con los cuales hemos aprendido a pensarla. Eso es para mí lo más profundo del cine, lo que hace de él un hito en la historia humana. Su imagen hace por primera vez posible un auténtico pensamiento de la temporalidad; un pensamiento que potencia y, me atrevo a decir, que está destinado a desplazar a la escritura como medio de conciencia y conocimiento. ◻